

Consideraciones sobre la filantropía y la crítica literaria

Escribe: JORGE ZALAMEA

Voy a tratar de plantear aquí algunas graves cuestiones, no debatidas hasta ahora en Colombia aunque tengan una influencia cada día más amplia y más perniciosas consecuencias sobre el desarrollo de la cultura nacional. Son, desde luego, puntos de vista muy personales pero que, como se verá luego, se presentan sobre bases científicas y pruebas experimentales. Tomadas las primeras de las tesis más recientes de la sociología norteamericana y extraídas las segundas de la realidad colombiana.

Concretamente, me referiré a la desaparición o a la prolongada agonía de la crítica literaria en Colombia y, por ende, a la confusión de valores y jerarquías que venimos padeciendo desde hace ya varios años para desmedro y menosprecio de los valores auténticos y auge y proliferación de los que pudiéramos llamar valores especulativos en la bolsa de la inteligencia.

La raíz del problema no es, desde luego, privativa nuestra. En realidad, se trata de un fenómeno universal nacido de la evolución de la sociedad contemporánea y que en algunos países de alto desarrollo adopta formas que seguramente dejarán perplejos a quienes no hayan tenido oportunidad de estudiar la cuestión en profundidad.

Como punto de partida, tratemos de ver un poco lo que sucede en los Estados Unidos con los intelectuales, dando a este término una extensión mayor y una significación más exacta a las que son habituales entre nosotros; es decir, abarcando con él no solamente a los escritores, periodistas y artistas sino también a los profesionales con grado universitario, a los adminis-

tradores calificados y a los altos funcionarios del Estado o de la empresa privada. Posteriormente veremos si lo que sucede en una comunidad de tan intenso desarrollo y tanta riqueza como la sociedad norteamericana tiene un eco, un reflejo, en una nación mal desarrollada, como es la nuestra.

En un estado de abundancia —que es el caso de la sociedad estadounidense— se atribuye hoy un papel esencial en el desarrollo económico-social a la filantropía pública y privada. Tanto la una como la otra solo producen *servicios*; es decir, prestaciones gratuitas en los campos de la salubridad, la educación, la religión, la vivienda y la cultura en general. Esa filantropía se ejerce en la actualidad conforme a una alta dialéctica política y actúa como una fuerza reguladora que trata de impedir que la concentración de riqueza dentro del sistema de distribución del ingreso, llegue a la línea de peligro a partir de la cual sería necesario recurrir a la fuerza pública para mantener el orden contra el resentimiento de los menos ricos y menos poderosos.

En los Estados Unidos se estima que con un régimen de *redistribuciones* filantrópicas es posible paliar algunas de las consecuencias forzosas y altamente explosivas del sistema capitalista. En consecuencia, las llamadas concesiones filantrópicas se hacen principalmente a aquellos sectores de población que tienen muy escaso o ningún ingreso. Como esos sectores tienen poco o nada que perder, bastaría cualquier provocación o una hábil campaña propagandística para incitarlos a recurrir a medios desesperados. La inversión filantrópica de ayuda es, pues, el precio que los más ricos y poderosos pagan para evitar el recurso a la fuerza.

Pero los sociólogos norteamericanos no le temen tanto a esos sectores, —que ni están organizados ni tienen conciencia de lo que podría ser su organización— como al grupo cuya preparación intelectual y *statu* social no guardan proporción con la parte que debería corresponderles en la distribución del ingreso y en el usufructo de la autoridad o, dicho en otras palabras, en el ejercicio del poder. Se trata, específicamente, del grupo al cual pertenecen los intelectuales en el amplio sentido a que ya se hizo referencia.

Explicando la alta dialéctica de la filantropía moderna, el profesor norteamericano Arthur Vidich hace una serie de análisis y revelaciones que quisiera sintetizar aquí en lo posible,

pues tengo la certidumbre de que se trata de una cuestión tan nueva como importante y tan desconocida entre nosotros en su teoría aunque ya puesta ampliamente en práctica.

El profesor Vidich establece que dentro del sistema actual de distribución del ingreso y del poder, hay un campo propicio para los dirigentes de la oposición en los más altos niveles sociales y políticos. De la misma manera que el sector más desposeído es neutralizado en su descontento por las concesiones filantrópicas, es preciso crear una filantropía especial para intelectuales, letrados, profesionales y administradores, cada uno de los cuales sabe cuál es su propio precio para colaborar con el sistema. En el sector público, esa filantropía deberá expresarse concediendo a los intelectuales ciertos grados de autoridad autónoma, en tanto que la filantropía privada deberá alcanzar el doble propósito de absorber a los dirigentes potenciales del descontento popular y de subvencionarlos dentro de los límites de cada institución. De este modo, las organizaciones filantrópicas son también, políticamente, un mecanismo para fabricar y absorber eventuales "elites".

El profesor Vidich se pregunta: ¿Para qué aventurarse en la fabricación de esas posibles "elites" si luego habrá que absorberlas en instituciones filantrópicas? Esta es su respuesta: "Aquí penetramos en el terreno de la motivación. Necesariamente, todo sistema debe producir un número de individuos de altas aspiraciones mayor del que puede ser absorbido como "elite" para mantener la competencia entre los aspirantes. Sin un excedente de aspirantes a las posiciones "preferidas", estas perderían su calidad preferencial, ya que el mantenimiento del prestigio es función del desequilibrio entre el número de aspirantes y el número de oportunidades. Mientras el número de los primeros sea mayor que el de las segundas, será posible encontrar individuos que tengan motivos para actuar de acuerdo con los valores de las posiciones preferidas dentro del orden establecido. Por ello se requiere una superproducción de eventuales dirigentes, algunos de los cuales, debido a esa superproducción, no podrán nunca ser absorbidos por las instituciones económicas y políticas ya establecidas. Es entonces cuando las instituciones filantrópicas absorben esa superproducción de "dirigentes", al mismo tiempo que se garantiza la motivación dentro de los términos del sistema.

“Pero por importante que sea el problema de garantizar la motivación, —dice el profesor Vidich—, queda todavía la más honda cuestión política de cómo aislar, en primer término, a los grupos resentidos, desorganizados y potencialmente desesperados por su escasa o nula participación en el ingreso y, en segundo término, al grupo formado por el excedente de dirigentes de más alto nivel y mejor preparación. La unión de esos dos grupos, especialmente en períodos de crisis económica o política, puede producir una mayor inestabilidad social o llevar abiertamente a la revolución. Podría pensarse que estos dos grupos pueden mantenerse aislados mediante un precio diferencial que correspondería a la diferencia entre la ayuda de subsistencia y la ayuda de opulencia. El 20% o, como dicen algunos, el 40% de la masa que subsiste en niveles de consumo por debajo de lo normal, continuará siendo una masa desorganizada mientras sus cultos y potenciales dirigentes sean beneficiarios de la alta filantropía de la abundancia. Parece que la filantropía pública como la privada, poseen ahora una conciencia suficientemente maliciosa para calcular tanto los diferenciales óptimos de precio como la división del trabajo necesaria para impedir la unión de esos grupos...”.

Después de recordar que durante la gran depresión de los años 1930, la Work Progress Administration tuvo sus artistas, escritores y pintores, continúa Vidich: “Los letrados e intelectuales, que son los ideólogos potenciales del sistema, parecen encontrar en todo tiempo subsidios provenientes tanto de fuentes públicas como privadas. Aunque puedan existir diferencias temporales en los niveles en que se fija la cuantía de la ayuda a los intelectuales, el hecho de que esos subsidios existan sirve a la función constante de eliminar a los intelectuales como eventuales dirigentes del descontento y el resentimiento de las masas”.

Y el profesor norteamericano concluye con estas desengañadas palabras:

“Cuando toda causa encuentra un presupuesto, ¿pueden tener ninguna posibilidad los ideólogos inconformes? ¿O puede acumularse el resentimiento hasta el punto de ruptura? Pero también aquí la dialéctica es más complicada. ¿Qué pasa con quienes no tienen una causa? ¿Con quienes todavía no han encontrado una causa? La filantropía es una gran cafetería de causas en la que cada cual puede escoger un postre de acuerdo

con los antojos de su gusto. El vasto panorama de las causas filantrópicas parece que no dejase a nadie, ni siquiera a los cínicos, ileso o impasible, pues la opulenta sociedad contemporánea puede permitirse el lujo de sobornar a los artistas, letrados e intelectuales para que hagan su propia obra (la de los filántropos, claro está, digo yo), sin pedir *nada* en cambio. Los turbulentos mares se han sosegado con un vasto riego de aceite”.

Hasta aquí el profesor norteamericano.

Es posible que algunos lectores se pregunten: ¿Y qué tienen que ver esos nuevos sistemas de filantropía en una sociedad opulenta con la literatura contemporánea de Colombia?

La respuesta no es difícil. Sin que entre nosotros haya habido hasta ahora expositores de todas las nuevas situaciones creadas en un mundo en acelerado proceso de transformación; sin que nadie hasta hoy haya planteado las repercusiones de ese proceso en nuestro desarrollo cultural, es lo cierto que desde hace ya varios años, actúan aquí, en forma más o menos disimulada y embrionaria, los mismos sistemas con los cuales en la opulenta sociedad norteamericana se impide la unión de los sectores menos favorecidos con los grupos capacitados para darles una orientación política y un contenido cultural a sus reivindicaciones. Y funcionan también los métodos mediante los cuales, el intelectual abandona su misión de testigo universal para convertirse en servidor, vocero, propagandista de grupos de intereses que nada tienen que ver con la cultura aunque sí sepan aprovecharse de ella para ahogar el inconformismo, alardear de mecenazgo y disminuir, de paso, la cuantía de los impuestos por pagar.

No sería difícil establecer, por ejemplo, una lista de intelectuales colombianos asimilados, absorbidos, enrolados no ya por organizaciones filantrópicas al estilo norteamericano sino por agencias gubernamentales o empresas privadas que esterilizan, a cambio de posiciones privilegiadas, de cuotas más o menos cuantiosas o irrisorias de poder y de las llamadas “concesiones filantrópicas”, la capacidad de libre creación, de libre deliberación, de libre opinión. Se produce entonces una merma cualitativa y cuantitativa en los cuadros intelectuales, tanto más grave cuanto más limitada es la capacidad del país para producir esos cuadros. En las oficinas de relaciones públicas,

en las asesorías técnicas, en las secciones de publicidad y propaganda naufragan lujosamente quienes hubiesen podido contribuir con eficacia y con grandeza a la construcción de una cultura colombiana.

Por otra parte, esas grandes fábricas de opinión que son los periódicos de nuestro tiempo ponen buen cuidado en impedir que las actividades culturales escapen a su dominio y saben encontrar a aquellos individuos de cierta formación intelectual susceptibles de subordinar su vocación original y su misión auténtica al precio pagado para que actúen de acuerdo con determinados intereses. Es así como se produce, por ejemplo, el hecho de que la crítica literaria haya desaparecido prácticamente en Colombia. Lo que hoy existe bajo el rótulo mentiroso de crítica literaria, no es otra cosa, en verdad, que un sistema de censura o de propaganda que actúa invariable, sistemáticamente, al dictado de las conveniencias de quienes contratan al crítico; es decir, al censor o al propagandista. La lista negra establecida contra el inconformismo, entra en plena función. Y, paralelamente, se hinchen los precarios valores intelectuales que puedan servir de distracción a la masa inconforme o de justificación a la minoría que la subyuga.

Como es obvio, dentro de este "dirigismo" intelectual está descartado el diálogo. Cuando se tiene el poder en las manos, las capitulaciones son inequívocas: *o me sigues o te ignoro*. No importa que la razón la tenga el ignorado. Siempre habrá tiempo para hacer de las previsiones del inconforme las tardías e hipócritas justificaciones del beneficiado.

Hagamos ahora un balance provisional de lo que significa para la cultura colombiana el progreso, no por disimulado menos evidente, de los métodos mediante los cuales los cuadros intelectuales del país van siendo absorbidos por los grupos de intereses y por la prensa que está a su servicio.

En primer término, la esterilización de cierto número de creadores de arte y cultura;

en segundo lugar, el desaliento de los auténticos creadores, a los que se condena, por su inconformismo, a una especie de muerte civil;

luego, la inflación artificial de falsos, transitorios o improvisados valores;

consecuencialmente, la desorientación espiritual y el cinismo intelectual de las masas;

finalmente, la imposibilidad de un libre diálogo que pudiera, con sus sinceras contradicciones, sentar las bases para un acuerdo sobre el rumbo y los objetivos de una cultura nacional.

Desde luego, no es fácil hallar soluciones inmediatas ante tan adversas circunstancias. Pero hay que dar un primer paso, el que estoy tratando de dar aquí, por ejemplo: señalar esa burocratización de la inteligencia; mostrar el engranaje del sistema; poner en entredicho la autoridad de los censores y propagandistas disfrazados de críticos; buscar todos los medios de comunicación directa con el público, evitando así el fraude de los intermediarios que están adulterando, rebajando y obstaculizando el desarrollo progresivo de nuestra cultura.

Un análisis objetivo de estas nuevas situaciones, no podría ignorar, sin manifiesta injusticia, los aspectos positivos de esta filantropía dialéctica aplicada a las actividades culturales de una sociedad determinada.

En el caso concreto de Colombia, si la Empresa Colombiana de Petróleos, por ejemplo, se constituye en fuerte apoyo de la Orquesta Sinfónica Nacional y le da los recursos necesarios para ampliar su campo de acción cultural, permitiéndole llevar su enseñanza artística a otras ciudades y regiones; si el Banco de la República se hace el custodio y el propagandista de la orfebrería precolombina o crea un instrumento cultural de tan intensa dinámica como la Biblioteca Luis-Angel Arango; si empresas privadas nacionales y extranjeras fomentan la producción literaria y artística, es innegable que esas iniciativas filantrópicas —que no quiero llamar concesiones—, son elementos positivos para el desarrollo de la cultura nacional. Pero su valor efectivo estará en proporción directa a la libertad de audiencia que den a los posibles beneficiarios de tales actividades. En cuanto estas adquieran el carácter socio-económico-político (¡y que se me perdone este horror de estilo!) revelado por el profesor norteamericano Arthur Vidich, toda esa filantropía denunciará su propio nombre inconfesable y se convertirá, automáticamente, en un nuevo fermento de división.

La cultura puede y debe fomentarse. Pero la cultura no puede comprarse.